

escultura agustiniana
sociedad
matriarcal y patriarcal

Por: MARIA VICTORIA FRANCO DE S.

GLORIA MARIA URIBE DE A.

Profesoras de Historia en el Depto. de Humanidades de EAFTT.

A pesar del gran interés que despierta hoy la cultura agustiniana y de las múltiples investigaciones que sobre ella se han realizado en los últimos años, no se ha hecho todavía un intento de interpretación global del tema.

Cuando el especialista o el simple lector se remite a la bibliografía agustiniana se encuentra con estudios y reseñas arqueológicas, y con análisis de carácter antropológico, sociológico y estético; pero en cuanto atañe a estudios a fondo sobre el aspecto mítico-religioso, las investigaciones son escasas y limitadas a la interpretación particular de algunas figuras, motivos y símbolos.

Existe pues, en este aspecto, un grave vacío. Porque, de una parte, si San Agustín fue ante todo un centro ceremonial y funerario, la concepción religiosa del mundo era, necesariamente, punto central de tal cultura, y de otro lado, porque sin una comprensión más o menos total de esa perspectiva mítico-religiosa es imposible aprenderla como una estructura totalizadora. Es importante, además, porque los datos adquieren un significado nuevo cuando se integran como elementos de un todo.

Tal es la pretensión del presente ensayo. Hacer un trabajo y una interpretación globalizados que, partiendo de los datos arqueológicos y sociológicos y del estudio de la estatuaría misma, integre tales elementos y formule una hipótesis sólida sobre la cultura agustiniana, mostrando el desarrollo y las transformaciones sociales de este pueblo y su proyección inmediata en la religión. En otras palabras, encontrar su cosmogonía y su dinamicidad, a partir de la unificación y análisis de los datos que hasta ahora se han presentado como aislados en estudios e investigaciones sectorializadas.

Este artículo representa, por lo tanto, el resultado de varios años de estudio, comparación y reflexión sobre el caso agustiniano y creemos que es la primera vez que se intenta presentar una hipótesis completa y estructurada sobre dicha cultura.

UBICACION DE LA CULTURA AGUSTINIANA

Es difícil el conocimiento de la cultura de San Agustín. Este pueblo había desaparecido a la llegada de los españoles y por ello su estudio se hace sólo en base a datos arqueológicos y a la inmensa cantidad de obras escultóricas que dejaron.

San Agustín fue, ante todo, un centro ceremonial dedicado al culto a los dioses y al culto funerario. Lugar, además, de un gran asentamiento humano capaz de producir este arte monumental, de hombres que pensaban poco en sí mismos y más en los poderes sobrenaturales y en la vida de ultratumba.

Su arte supera lo anecdótico o imitativo, su tema no es la naturaleza sino el mito o la naturaleza mitificada, es decir, el mundo que está más allá, en otra esfera, donde se conjugan animales, hombres y dioses. El tema trasciende los elementos cotidianos por su simbolismo; su realidad es trascendente, sobrenatural.

San Agustín puede considerarse como la cultura madre de las culturas precolombinas que se desarrollaron en nuestro actual territorio nacional. Aunque los primeros pobladores de éste debieron llegar hace unos docemil años, su nivel de desarrollo era aún muy incipiente, se trataba de grupos nómadas recolectores que no dejaron creaciones artísticas y cuyas características generales resultan muy homogéneas (período Paleolítico, 10.000-5.000 a. C. aproximadamente). Alrededor del año 4.000 a. C. estos pueblos dieron un salto extraordinario con el inicio de las primeras formas de cultivo, que permitieron poco a poco el descubrimiento de la cerámica y la aparición de los primeros hábitos sedentarios. A este período Arcaico (5.000-1.000 a. C. aproximadamente) pertenecen los testimonios humanos más antiguos hallados en San Agustín hasta el momento (3.300 a. C.). Pero sólo alrededor del año 1.000 a. C. (período Formativo Temprano, 1.000-200 a. C. aproximadamente), el desarrollo técnico, económico, social, religioso, artístico, hizo posible la diferenciación clara entre un pueblo y otro, y nos permite a nosotros distinguir características particulares que definen una cultura frente a otra.

Es aquí donde podemos ubicar a San Agustín, el pueblo de escultores. Los restos de esta civilización van del siglo VI a. C. al XII d. C. Su última época corresponde al período Clásico de la Colombia precolombina (200 a. C. - 1500 d. C.). Seguramente, de San Agustín tomaron los pueblos vecinos, cronológicamente posteriores, el culto al agua, a la rana, a la fertilidad en general, al felino, al sol y algunos elementos socio-políticos, técnicos, artísticos, etc. Todo esto le vale el apelativo de cultura madre.

San Agustín, la más importante zona arqueológica de Colombia, por el carácter monumental de las reliquias prehispánicas que allí se conservan y por su importancia para la comprensión de las culturas posteriores, está ubicada geográficamente al sur del país, en el departamento del Huila. La región está situada en las estribaciones orientales del Macizo Colombiano, en el Alto Magdalena. Presenta una especie de fortificación natural, formada de un lado por las cuencas de los ríos Naranjos, Sombrerillos y Magdalena y del otro por filas de montañas que llegan hasta el páramo. El aislamiento ocasionado por el medio físico debió jugar un papel de importancia en la defensa de sus primitivos moradores contra pueblos enemigos y en la originalidad de la fase inicial de su cultura. No obstante, la cordillera Oriental presenta aquí también sus pasos más bajos hacia la Amazonía, los que seguramente fueron aprovechados por los nativos para mantener, más tarde, relaciones culturales y comerciales con otros grupos y como ruta de entrada o de desplazamiento. Así, la misma geografía fue propicia para la relativa independencia y a la vez irradiación de la cultura agustiniana.



Dividido por el profundo cauce del río Magdalena en dos provincias, este pueblo religioso destinó la del lado izquierdo, actual región de Isnos, a la devoción de la Luna, es decir a la manifestación matriarcal del mito y la religión; el valle de la derecha, el más inaccesible por cierto, el culto al Sol, de principios y fuerzas masculinas, que corresponde a una organización patriarcal.

El arte de los antiguos agustinianos se orientó principalmente hacia la escultura lítica monumental. La piedra sustituyó a la madera de la época arcaica y la superó, no sólo por lo durable sino porque se presta más para expresar lo que querían: lo sacro, lo trascendente, lo inmóvil, lo inmutable, lo eterno.

MATRIARCADO Y RELIGION LUNAR

En un principio las sociedades son nómadas y recolectoras. Los hombres se ocupan de la adquisición de alimentos, mientras las mujeres asumen otras tareas que les permiten a la vez dedicarse a la crianza de los hijos. Posiblemente por permanecer más tiempo en un mismo lugar, la mujer va descubriendo el proceso de desarrollo de las plantas y con ello su control humano o sea la agricultura. La recolección de alimentos va siendo suplantada, poco a poco, por este nuevo método. De la tarea se ocupa la mujer, su descubridora y símbolo de fertilidad, y ello le da el predominio económico y social en su comunidad. La mujer va a tener el poder sobre el grupo, pero como se trata de una sociedad familiar esto no va a implicar una estratificación social. Los restos arqueológicos de la primera época de la cultura agustiniana dan testimonio de que dicho pueblo vivió esta etapa en los inicios de la agricultura.

A esta época matriarcal corresponde una religión lunar, que en San Agustín se desarrolló aproximadamente entre los siglos VI a. C. y IV d. C. La Luna es un astro que nace, crece, decrece y desaparece, un astro cuya vida está sometida a la ley universal del devenir, del nacimiento y de la muerte. El eterno retorno a sus formas iniciales hace que la Luna sea por excelencia el astro de los ritmos de la vida (nacimiento, crecimiento, plenitud, decrecimiento, muerte, nueva vida); por lo tanto no es sorprendente que controle mitológicamente todos los planos cósmicos regidos por la ley del devenir cíclico: estaciones, vegetación, fertilidad, ciclo menstrual, vida y muerte, luz y oscuridad. La Luna no es pues adorada por sí misma sino por lo que revela de sagrado, por la vida inagotable que manifiesta.

La Luna preside un panteón femenino en el que tiene cabida todo aquello que se relacione con ella y con la fertilidad: la madre tierra que da vida a todos los seres y el agua fecundante, la mujer, la muerte como engendradora de una nueva vida (la luna que ha cumplido su ciclo

desaparece para dejar campo a la luna nueva, la semilla muere para dar vida a una nueva planta, el hombre muere para renacer en el más allá...).

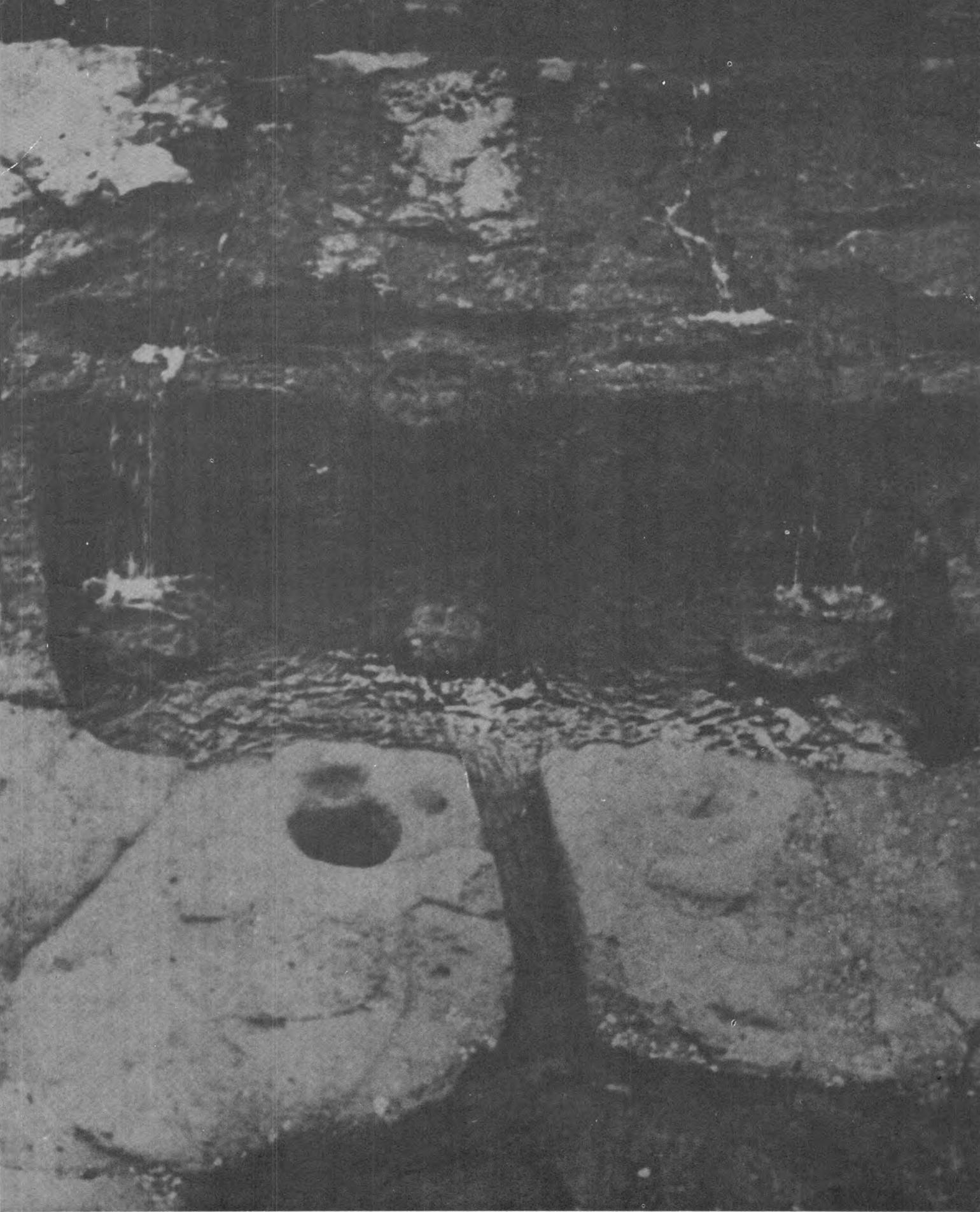
La escultura de esta época nos presenta una serie de divinidades antropomorfas femeninas, caracterizadas por el uso de un faldellín, tocado serpentiforme y collar y nariguera en forma de medialuna (Luna creciente); muchas de ellas se hallan en estado de gravidez, lo que expresa el concepto de fecundidad, no sólo humana sino también de la tierra, aspecto importante para la producción de abundantes cosechas. Estas estatuas se encuentran enterradas en las tumbas, como guadoras en el paso a la "nueva vida". Los muertos y las estatuas fueron enterrados, la Madre Tierra da vida a todos los seres, todos brotan de ella pero luego retornan a su seno en busca de una nueva forma de vida.

Al lado de estos aspectos fundamentales de la diosa lunar, aparece otra serie de símbolos que de alguna manera tienen algo que ver con los anteriores porque su forma o su modo de ser evocan los de la Luna: la noche, como escenario lunar, animales mitificados como la rana, la serpiente y el lagarto, etc.

La rana está íntimamente ligada al agua y a la tierra en su carácter de batracio y a la Luna por su metamorfosis. Se asocia a los ritos de la fecundidad a los que propician la fertilidad de la tierra y la abundancia de las cosechas. La rana, al croar, anuncia la presencia de las aguas terrestres o la lluvia próxima; es además protectora de la agricultura al devorar las plagas de insectos que pueden destruir los cultivos.

La serpiente vive en las entrañas de la tierra, penetra en ella y la fecunda; por esto y por su forma se convierte en un símbolo fálico. Está sometida al cambio de piel, a una regeneración periódica que la inmortaliza como a la Luna. Vive en la oscuridad. Su forma en espiral nos recuerda los lechos de los ríos y el relámpago, ligado con la lluvia.

A este culto lunar corresponde una de las obras más extraordinarias del arte agustiniano, exclusiva en su forma, riqueza, variedad y dinamismo: "la Fuente de Lavapatas", conjunto artístico en el que se integran obras escultóricas en relieve con una corriente de agua que le da movimiento a la obra. Es el santuario típico de la religión lunar, consagrado al culto de las deidades acuáticas. Sus esculturas representan principalmente serpientes y lagartos; una rana en el camino anuncia el lugar al que se va a llegar, como una flecha zoomorfizada. El elemento primario de la fuente es el agua, origen de la vida, símbolo de la fertilidad; en el agua uterina se desarrolla el hombre, sin agua no puede subsistir ningún ser vivo, en ella residen la vida, el vigor y la eternidad. En la fuente encontramos un predominio de líneas curvas; el movimiento curvilíneo, propio por excelencia de la naturaleza, significa el devenir cíclico de la Luna. Es pues la Fuente sagrada de Lavapatas la máxima realización artística de la religión lunar, donde se unen el agua, la serpiente, el lagarto, con sus poderes de fecundidad y de regeneración; en ella se combinan todos los símbolos de fertilidad.



PATRIARCADO Y RELIGION SOLAR

Entre los siglos IV y V d. C., nos encontramos con una época de transición. El antiguo culto lunar empezó a ser desplazado y en su lugar se fue imponiendo el culto solar. Seguramente el cambio religioso respondió a un cambio social. El pueblo, agricultor y pacífico, se convirtió en un pueblo guerrero, tal vez por la necesidad de defenderse de grupos invasores, y con ello cambió toda su organización. De ahí en adelante, la subsistencia de la comunidad no dependía ya únicamente de la producción de alimentos sino también de la conservación de su independencia. Tan importante o más importante que la tarea agrícola, era ya la actividad política y militar. La guerra exigió dirigentes y dirigidos, jerarquización; la economía debió reorganizarse para el sostenimiento de las nuevas tareas; la sociedad necesitó unos jefes que planearan y dirigieran las actividades de la comunidad en general. Surgió así una forma incipiente de estado, la división social del trabajo, una jerarquización política, religiosa y militar y con ella las clases sociales. Pero además, las nuevas funciones recayeron sobre la población masculina y el hombre pasó así a ocupar el papel predominante en la sociedad. La mujer conservó sus atribuciones domésticas y familiares y su trabajo agrícola, pero fue desplazada al segundo lugar en la estratificación social de los sexos.

Esta transición del matriarcado al patriarcado aparece representada varias veces en la estatuaria agustiniana. Una de las esculturas más representativas nos muestra un águila que con el pico y las garras coge una serpiente. El águila, símbolo de la nueva religión solar, está relacionada con el aire y con la luz, es la mensajera del Sol, su vuelo le permite poner en contacto con el cielo y la tierra; su fuerza, agudeza de visión y astucia la convierten en símbolo de poder. En la escultura mencionada, el águila, representante de la nueva religión, domina, somete a la serpiente, símbolo ya analizado del culto lunar.

En el siglo V d. C. empezó el dominio definitivo del culto solar, que se prolongó hasta el siglo XII, al cual corresponden los últimos restos arqueológicos fechados hasta ahora. El nuevo panteón estaba presidido por el Sol; las antiguas diosas antropomorfas abrieron paso a figuras masculinas; los animales míticos fueron reemplazados por otros como el águila y el felino. En la escultura aparecieron además representaciones humanas, aunque siempre con un papel religioso, que muestran la nueva organización socio-política, como los guerreros y los sacerdotes.

El Sol, dios supremo del nuevo culto, reemplaza a la Luna por varias razones. Por una parte, la actividad de la guerra requiere de su luz; si la noche era el momento de la religión anterior, el día es el de la nueva. Por otra parte, el Sol tiene atributos necesarios y significativos para la actividad guerrera, como la energía y la fuerza: irradia fuerza abraza-

dora, fuego, calor, capaz de dar vida o de destruirla. La autoridad política se favorece de los atributos solares (característica general de los gobernantes de la América precolombina fue considerarse y considerarse hijos del Sol), el Sol es inmutable, permanece siempre igual, no está sometido al devenir, cada día sale como en el anterior, no nace ni muere, todo esto lo hace distinto y superior a los seres vivos.

Los dioses antropomorfos de este período son figuras masculinas estáticas, que expresan fuerza y serenidad y que inspiran terror. Se ca-



Boca felínica, diadema solar y cubresexo piramidal, signos del culto al sol.

racterizan, entre otras cosas, por tener boca felínica, con colmillos grandes entrecruzados, siempre visibles, que dan a su rostro una expresión de fiera. No son ya figuras maternas sino dioses bestiales, que poseen la fuerza, la astucia, la agilidad, la sagacidad del felino; todas ellas cualidades necesarias para los jefes militares y los guerreros. El felino se convierte así en modelo, por sus atributos, para la nueva organi-



zación. Con esto queda San Agustín ligado mitológicamente a los demás pueblos de Centro y Sur América, como el Olmeca en México, Chavín en el Perú y Tumaco en Colombia.

Además de la boca felínica, caracteriza a estas esculturas el uso de diadema solar, que representa los rayos del Sol, y de collar en forma semicircular, no ya de cacho lunar. Algunas figuras tienen cubresexo piramidal; la pirámide es un signo del culto solar, representa la unión del Sol y la tierra; los rayos del astro al caer sobre ésta, por la mañana y por la tarde, forman una pirámide. Las demás aparecen desnudas, con el pene erecto atado con un cinturón. El miembro erecto representa la fuerza viril y el poder genético propio de la deidad masculina y solar. La fertilidad adquiere así un nuevo sentido, el culto a ella se centra en el papel fecundador masculino; el antiguo culto se desplaza y es asimilado por la religión patriarcal.

Como se dijo anteriormente, en la nueva escultura aparecen representados los sacerdotes y los guerreros. Los sacerdotes se distinguen por el uso de máscaras, que tenían un fin ceremonial; en ellas predominan los rasgos estilizados, con formas geométricas abstractas (ojos y boca rectangulares...), prescinden a veces de rasgos naturales como la nariz, otras veces poseen características divinas como la boca felínica; la máscara permite además agrandar el tamaño de la cabeza hasta adquirir las proporciones de los dioses. En la sociedad agustiniana, eran los sacerdotes quienes poseían el poder y el privilegio de poner a su comunidad en contacto con los dioses, esto los hacía superiores a los demás hombres: la máscara les permitía aislarse del mundo natural, trascender y acercarse al mundo de lo divino; al llevarla dejaban de ser hombres comunes y adquirían atributos sagrados, una dimensión casi divina. Estas estatuas portan además signos de poder como el cetro y el manípulo; en el cuerpo simplificado predominan las líneas y los ángulos rectos, símbolo de equilibrio y armonía, permanencia y tranquilidad, características también divinas.

Los guerreros poseen también un carácter religioso. Se encuentran generalmente a la entrada de los templos, en actitud de defensa de la divinidad que allí mora e integrados arquitectónicamente a la obra, como atlantes. Las proporciones de sus cuerpos, la posición y la expresión de los rostros, son más naturalistas que las de las figuras ya analizadas, por tratarse ahora de representaciones humanas. Su actitud es menos rígida y convencional, aparecen en movimiento, listos para defenderse o atacar. Como señal de su oficio portan armas, principalmente mazas de piedra, piedras redondeadas y escudos. Casi todos los guerreros llevan sobre su cabeza otra figura, el "doble yo", con rasgos antropomorfos o zoomorfos, que representa a alguna divinidad protectora del guerrero o de su clan; mensajero celeste que se posa sobre el personaje, le participa de sus cualidades y lo ayuda en su vida y acciones.

La variedad temática de la escultura de esta época nos permite afirmar la existencia de clases sociales en la nueva organización, que se ve

además confirmada por los distintos estilos de las tumbas, desde simples fosas hasta gigantescos sarcófagos monolíticos, maravillosamente esculpidos, y por los diferentes grados de riqueza de las ofrendas funerarias.

Podemos distinguir en la estratificación social los siguientes grupos:

1 JEFES TEOCRATICOS Y SACERDOTES: La organización política agustiniana seguramente era teocrática, ya que el carácter del lugar fue siempre primordialmente religioso. Sería difícil asegurar que las funciones del gobernante político y del sacerdote recaían sobre una misma persona o, por el contrario, que estaban separadas, pero en lo que si se puede creer es en la íntima relación de ambos poderes. Los gobernantes posiblemente eran considerados como descendientes de los dioses y por lo tanto su poder político tenía origen divino. Los sacerdotes, ocupados de las funciones ceremoniales y de todo tipo de comunicación de la comunidad con lo divino, asumían el poder religioso, complementario del político, y compartían la dignidad superior con los jefes de estado, si no lo eran ellos mismos.

2 GUERREROS: El carácter guerrero y patriarcal de la sociedad y el papel de defensores de la comunidad que recaía sobre este grupo, lo coloca en el segundo lugar de la escala social.

3 ARTISTAS O ESCULTORES: La inmensa cantidad de obras artísticas encontradas en San Agustín, nos lleva a pensar en la necesidad de un grupo de trabajadores del arte, dedicados exclusivamente a esta actividad. Era un grupo que la comunidad requería para que con sus realizaciones estableciera, en un lenguaje estético, la comunicación entre sociedad, arte y religión; para que, mediante su genio artístico, expresara la permanencia de lo eterno, lo trascendente y lo perenne de los personajes que la comunidad quería representar y conservar.

4 LOS AGRICULTORES: Eran los trabajadores directos de la comunidad en la producción de bienes materiales; respondían por la subsistencia de ellos y de los demás grupos sociales y a su vez se beneficiaban del trabajo administrativo, religioso, guerrero y artístico de los grupos anteriores.

CONCLUSION

La procedencia mítica de la estatuaria de San Agustín es inmediata y por lo tanto es menester tenerla en cuenta para su interpretación y valoración estética. Con el deseo de actualizarlo o de mirarlo con ojos de hombre occidental, el arte agustiniano permanece oculto o se vuelve grotesco. Mito, religión y arte son tres manifestaciones de la vida de

un pueblo, de su organización económica, social y política. A una sociedad dinámica corresponde una transformación permanente de ideas y costumbres y la búsqueda de formas nuevas de expresión, que reflejen su movimiento histórico. El arte es un símbolo del pueblo que lo crea y como tal hay que tomarlo para comprenderlo; no podemos mirar las expresiones artísticas de un pueblo con la misma lente que las de otro, ni juzgarlo con los mismos cánones. Abordarlo, en cambio, tratando de verlo desde dentro, nos permite llegar a lo íntimo de sus autores, a sus sentimientos y concepciones básicas acerca de sí mismos, de la naturaleza, de lo divino, etc. El intérprete que llega ante esta cultura material con preconceptos occidentales no puede ver ni valorar las calidades estéticas y simbólicas que encierra; por ello es necesario situarse en el "otro mundo", procurando encontrar las normas que seguramente rigieron en el arte y la cosmogonía de este pueblo creador de formas líricas.

Este fue nuestro intento y creemos que gracias a dicho método logramos lo que nos habíamos propuesto en un principio: hacer una interpretación total de la cultura agustiniana, integrando todos los elementos que sobre ella poseíamos, mirándolos como parte de una totalidad orgánica y no desde fuera, como fenómenos independientes.

AGRADECIMIENTO

A Miguel Escobar Calle, por su gran ayuda en la corrección del presente trabajo.